

estudiante iba a interesarse en cambiar su punto de vista? Él se encuentra instalado en una perspectiva y en ella está cómodo porque le sirve y *nadie le ha mostrado que se trate de una perspectiva equivocada*. El estudiante no sufre la tensión de nada parecido a la construcción de la verdad, porque no se le ofrecen criterios de racionalidad, sino sólo de «nar-racionalidad» (por emplear un neologismo de los propios autores), criterios cuyo último fundamento es de índole moral. Pero la ética misma, que es el motor individual de la moral, ha de ser fundamentada racionalmente. Creo que el núcleo de la perspectiva teórica que preside el libro podría resumirse diciendo que, a la vez que rechazan la imagen heredada de la ciencia como conocimiento exento de dimensiones sociales y morales, los autores evitan sacar la conclusión estrictamente relativista de que todo vale, y vienen a justificar la necesidad de un acuerdo acerca de qué es lo que puede aceptarse y lo que no, un acuerdo éste cuyo fundamento parece ser moral. Pero implícitamente lo moral está entendido como convencional y lo ético como subjetivo, íntimo..., como si perteneciera a una esfera irracional. Y es esto lo que me parece cuestionable. El hecho de que los «discursos» científicos posean una dimensión moral y pragmática (como se subraya en el libro) significa precisamente que son racionales y *efectivos*: no se cierran sobre sí mismos, sino que hablan *de algo*, y al desplegarse instauran la objetividad, que no por ser construida deja de ser verdadera. Es irrenunciable la pretensión positivista de defender una racionalidad universal y una realidad objetiva. Mostrar que la racionalidad es histórica y la realidad es construida no equivale a negar su carácter universal y objetivo. El libro de Rosa, Huertas y Blanco constituye un excelente ejercicio de superación del positivismo en Historia de la Psicología. Sin embargo, sólo seremos capaces de superar realmente el positivismo preservando el corazón de verdad que latía en él.

Reflexiones de unos psicólogos experimentales con aficiones históricas

Gabriel Ruiz,
Natividad Sánchez
Luis Gonzalo de La Casa
Departamento de Psicología Experimental
Universidad de Sevilla

Se nos invita a hacer una reseña crítica del libro *Metodología para la Historia de la Psicología* (Rosa, Huertas y Blanco, 1996) con motivo de su reciente publicación y nuestra primera consideración será la de reconocer que dicho tra-

bajo se ha convertido ya en una contribución importante a la historiografía de la psicología, que se suma y al mismo tiempo incluye o recoge otras anteriores realizadas por este grupo de historiadores de la psicología (Rosa, 1988; Rosa, Blanco y Huertas, 1991; Rosa, Huertas, Blanco y Montero, 1991; 1993).

Aunque el libro se presenta bajo la forma de una aportación metodológica, sus páginas destilan una cierta concepción de la psicología y de la historia de la misma con las que no siempre estamos de acuerdo o, dicho de otra manera, que no han llegado a convencernos lo suficiente. Siendo más precisos, nuestro desacuerdo es mayor en lo que respecta a su visión de lo psicológico que en lo que atañe a sus propuestas historiográficas, lo que ocurre es que en este texto lo segundo está tan enraizado en lo primero que llega a hacerse difícil distinguir entre ambas cosas. Por tanto, nuestros comentarios críticos intentarán dirigirse a estas cuestiones tomadas en su conjunto.

En nuestra opinión, el principal compromiso que debe establecer el historiador de la psicología no es para con la verdad, cuestión irresoluble que nos parece más propia de la filosofía que de la ciencia, sino para con la exactitud: su narración debe ser lo más exacta posible. Si se quiere, esta circunstancia puede considerarse como inicial y vinculada a aspectos descriptivos, pero difícilmente puede hacerse una historia sobre cualquier tema si la narración, con independencia de sus tramas argumentales, es inexacta. Desde este punto de vista, sí que cabe establecer criterios que nos permitan decidir entre diferentes propuestas, porque no todo el peso cae del lado de la subjetividad del historiador, es decir, aunque la historia de la psicología no tenga objeto sino sujeto (tal y como afirman los autores del libro), y la hagan sujetos —los historiadores—, cada uno de ellos con sus subjetividades, las proposiciones históricas «subjetivas» no tienen porqué ser inexactas.

Por otra parte, no podemos más que estar de acuerdo con la afirmación de los autores respecto a que hacer historia de la ciencia requiere de la articulación de categorías conceptuales de distintos niveles: biográfico, discursivo y socio institucional. Ahora bien, nunca debemos perder de vista que en el fondo lo más importante es la calidad de la teoría científica: su «calado» epistemológico y su valor heurístico. Por mucho que nos empeñemos, no todas las teorías son iguales y en este sentido la psicología ha progresado mucho desde 1879. Negar esto es resistirse a la evidencia de que nuestras concepciones actuales sobre la memoria, el pensamiento, la motivación o el aprendizaje no sólo son distintas de las de Wundt, Pavlov, Ebbinghaus o Wertheimer, sino también más completas y, porqué no decirlo, mejores. Con independencia de las alianzas que un científico pueda establecer y del apoyo socio institucional que obtengan sus ideas, una teoría mal planteada o poco heurística no sobrevivirá durante demasiado tiempo. El riesgo que corren las explicaciones excesivamente socio historicistas no está en destacar la importancia de estos factores supra individuales (Latour y Woolgar, 1995), el riesgo está en perderse en ellos y olvidar que la ciencia la hacen siempre los individuos y, en muchas ocasiones, a pesar de las instituciones y los grupos.

A veces, cuando los psicólogos e historiadores de la psicología equiparamos el pensamiento científico al sentido común o nos obcecamos en otorgar el

mismo valor explicativo a las concepciones populares o naturales sobre lo psicológico que a las teorías científicas, sencillamente no estamos haciendo justicia a la complejidad y al inmenso avance experimentado por la psicología contemporánea. Muchas veces resulta intrigante que el psicólogo sea el único científico que pasa gran parte de su tiempo tratando de estudiar algo que ha dado en llamar «psicología popular», ¿es que no somos capaces de apreciar el escaso interés que el biólogo o el neurofisiólogo tienen por las concepciones populares sobre la genética o el cerebro? ¿o es que partimos de la premisa de que el conocimiento de lo psicológico está tan alejado de la forma usual de proceder de la ciencia que nos viene dado, que se nos supone, como el valor en el servicio militar? ¿es que los psicólogos contemporáneos no hemos aprendido nada de nuestra propia historia disciplinar, del limitado valor de la introspección y del escaso alcance explicativo que tiene el recurso a lo anecdótico?

Una prueba del avance experimentado por la ciencia lo muestra el hecho mismo de que muchas de las obras más influyentes sobre filosofía e historia de la ciencia estén escritas por científicos, y en esto la psicología no es una excepción. Además, el desarrollo teórico y la cantidad de datos que se han acumulado son de tal magnitud que, como el lector atento de obras históricas habrá podido observar, los historiadores no sólo historian desde ciertas posiciones (algo que se reconoce frecuentemente) sino que la mayor parte de sus investigaciones versan sobre ellas (hecho muy pocas veces explicitado). Es muy extraño que, pongamos un ejemplo, un historiador que mantenga posiciones cognitivistas se interese por el conductismo salvo para descalificarlo sin más o, en el mejor de los casos, interesarse por Tolman en la medida en que pueda considerarse a este autor como una especie de «protopsicólogo cognitivo» (Leahey, 1997).¹

En otro orden de cosas, el historiador debe evitar caer en lo que podríamos llamar el «complejo de creador del Gólem» y pensar que puede animar la materia inerte, que puede crear con su discurso todos los Gólems que se le antojen. Ninguna narración histórica puede preceder a los acontecimientos que pretende historiar y, por tanto, no los puede crear (salvo en el sentido de recrearlos lo más fielmente posible). Se pueden proponer nuevas categorías conceptuales para describir periodos o escuelas que acaben sustituyendo a otras clasificaciones previamente utilizadas, pero estos cambios más que actos de creación son una consecuencia lógica de que nuestro conocimiento histórico va siendo cada vez más completo, más exacto. El manejo de fuentes primarias y la utilización de archivos son cada vez más frecuentes y muchas de las visiones heredadas sobre ciertos acontecimientos no están resistiendo estos envites (Smith, 1994).

Los autores del libro se preguntan por qué la mayoría de las tesis doctorales de nuestra disciplina tienen que ser estudios empíricos y por qué se hace necesario el cuantificar y analizar los datos. Con independencia de que los autores del libro estarán de acuerdo con nosotros en la estrecha relación entre ambas cuestiones (los estudios empíricos y la cuantificación de los datos así obtenidos), la inquietud que manifiestan resultaría de interés siempre que no se deba a un mal histórico del que la psicología no parece haberse desprendido y al que se po-

1. El ejemplo a la inversa sería igualmente válido.

dría llamar «añoranza por la filosofía». No se trata de reconocer que la investigación en psicología tiene implicaciones filosóficas o de afirmar que la ciencia esté exenta de estas cuestiones, algo que por obvio ni siquiera haría falta reseñar, se trata de seguir creyendo que los problemas que se plantea la psicología no pueden ser investigados experimentalmente, que lo único que podemos hacer es pensar sobre ellos o hablar de ellos. No podemos seguir por más tiempo intentando ser científicos y pareciendo filósofos frustrados, nos parece que ni el propio Wundt lo vería con buenos ojos.

REFERENCIAS

- Latour, B. Y Woolgar, S (1995). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- Leahey, TH (1997). *A History of Psychology. Main Currents in Psychological Thought (fourth edition)*. Upper Saddle River, NJ: Prentice-Hall.
- Rosa, A. (1988). Un enfoque Socio-Histórico de la Historia de la Psicología. En A. Rosa, J. Quintana y E. Lafuente (Comp.), *Psicología e Historia. Contribuciones a la investigación en Historia de la Psicología*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Rosa, A., Blanco F. y Huertas, J.A. (1991). ¿Para qué hacemos Historia de la Psicología? *Revista de Historia de la Psicología*, 12 (3-4), 405-412.
- Rosa, A., Huertas, J.A., Blanco, F. y Montero I. (1991). Algunas reflexiones sobre la metodología de la Historia de la Psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 12 (3-4), 393-404.
- Rosa, A., Huertas, J.A., Blanco F. & Montero I. (1993). What is the place of History of Psychology. Some thoughts about methodology. In H. Carpintero, E. Lafuente, R. Plas & L. Sprung (Eds.), *New Studies in the History of Psychology and the Social Sciences. Revista de Historia de la Psicología. Monographs 2*.
- Smith, L. (1994). *Conductismo y positivismo lógico. Una reconsideración de la alianza*. Bilbao: DDB.

¿Al servicio de quién?

Mari Carmen Giménez
Departamento de Psicología Básica
Universidad de Barcelona

Si, como señalan los autores refiriéndose a los historiadores de la ciencia y en particular a la de la psicología, se trata de tomar conciencia y a ser posible explicitar los puntos de partida sobre los que se asienta el discurso, bueno será poner de manifiesto cuáles son éstos en el caso del presente comentario.

Según mi lectura, de acuerdo con la afirmación de que la comprensión de lo escrito implica una construcción activa de significados, parece lícito considerar que la *dialogicidad* de un discurso no se agota en su construcción sino que se